

ORIGEN Y MOVIMIENTO DE LA ÉPICA COLOMBIANA

Clarín de vientos épicos ha sido Colombia dentro de sus derroteros históricos. Sobre modelos clásicos se intentó escribir la epopeya de la conquista imperial. Tal intento épico se esboza fragmentariamente en las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos, cuyo modelo de inspiración fue *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Cabe señalarse, por lo tanto, que *La Araucana* y las *Elegías* son así eslabones de la épica novomundana que en su temática y en la resistencia de sus héroes colectivos indígenas, une la voluntad de lucha corajuda de las dos razas: la de los araucanos de Chile y la de los aborígenes de la Nueva Granada. Ambas razas de bronce enfrentadas contra el imperialismo de entonces: el español.

Castellanos, actuando como cronista-juglar tuvo un propósito de poetizador épico de la historia al elegir como sus modelos a Ercilla, Ariosto, Virgilio y acaso a Lucano. Además el acriollado autor de las *Elegías*, familiarizado con los viejos romances y con el *Cantar del Mio Cid*, hubo de hacerse eco de los entusiasmos de la historia legendaria, para poner a marchar en su octavas reales, a las nuevas huestes hispánicas empeñadas en abrirse derroteros épicos hacia la conquista de El Dorado. Habiendo Castellanos emulado a Ercilla, con éste se le compara, resaltándose la americanidad temática que los hace camppear en escenarios donde se origina una nueva épica: la indo-americana.

Si Ercilla forja en el yunque de la raza indo-americana la reciedumbre y la heroicidad de su epopeya, "Castellanos, sin crearla poéticamente, acarrea el rico filón de la epopeya de los pueblos americanos cantados en las *Elegías*". Filón también de la épica colombiana, son los capítulos que el cro-

nista-juglar escribe en verso, para resaltar la lucha entre el conquistador que acomete y el aún no conquistado que se resiste al vasallaje en las tierras de la Nueva Granada. Sin proponérselo, Castellanos contribuye a mitificar la acción bélica de aquellos indios que “no queriendo con su bestial linaje, reconocer a nadie vasallaje”, inicia la epopeya de la resistencia que en el futuro no tendrá un solo autor sino varias intrépidas plumas que se unirán al “Canto General” de la poesía colombiana.

La epopeya no escrita sino apenas esbozada en escritos fragmentarios, ha de verse desde su origen hasta nuestros días, en su constante movimiento, representada en hitos históricos y legendarios. Señálense como efemérides dignas del canto: las primeras guerreras de resistencia indígenas, la insurrección de los comuneros, las gestas de la emancipación, los clarinazos anti-imperialistas y las luchas populares contemporáneas. Agréguese como hecho ficcional el poema épico sobre Gonzalo de Oyón, que no deja de ser un reflejo de una realidad criolla: la rebeldía de los hijos de los españoles nacidos en nuestros ricos latifundios, unos en favor de la Corona y otros en contra de la intromisión en lo que comenzaba a convertirse por herencia ancestral en un nuevo Dorado para los de arriba.

A través de tales rebeldías, pudiera decirse que la evolución de la épica como surtidor temático cubre etapas paralelas a los acontecimientos poetizados. Señálese como primera etapa aquella que marca con enconadas flechas aborígenes la historia de la resistencia india.

Cabe observar que si la épica no ha tomado la dimensión esperada en pluma del escritor colombiano, encomendero de una historia dirigida a su gusto y pauta elitista, no es por ausencia de un gran tema tenso y palpitante, sino porque la literatura popular ha sido una corriente subrepticia o suplantada por el conformismo lírico del cantor oficial poco solidario con las luchas populares. Se quiere ignorar acaso que la épica de la resistencia desde antes de la insurrección de los comuneros, ha sido una constante popular que los historiadores, más interesados en temas de prosopopeya ancestral, han dejado

al margen de sus textos y pesquisas. Si a las pesquisas nos remitimos, hay que volver a las páginas legendarias de Juan de Castellanos, para encontrar el eco retrospectivo de la épica colombiana en aquellas estrofas donde el cronista-juglar, mitifica, sin quererlo, a La Gaitana, símbolo actualizado de la resistencia contra el invasor foráneo. La intrépida mujer-caudillo, representa a esa muchedumbre dispersa, pero unida en su meta, que arma la resistencia en Timaná contra el usurpador de aquellos territorios que los indios habían heredado de sus dioses. Capaz de convocar a un ejército de doce mil mujeres tras del cual, ha de suponerse, se doblara la cifra con otros doce mil hombres de todas las comarcas, la Gaitana es mirada con respetabilidad, incluso por el mismo cronista-juglar, quien así la describe:

Era Señora de las más potentes,

 Viuda regalada que tenía
 Un hijo que mandaba muchas gentes,
 Al cual por no acudir como vasallo,
 Añasco procuró de castigallo
 (Canto Quinto, pág. 467).

En los versos de Castellanos se describe el sacrificio del hijo de la Gaitana, sometido al suplicio de la hoguera. Roja pira que flamea en la voz de su madre, como una antorcha, para encender, al mismo tiempo, el fuego de su iracundia negativa. Su voz tirtéica fue capaz de amotinar, macanas en alto, la furia de su pueblo. Mujer de armas tomando, asume hoy dimensión de heroína nacional. Pero ya el poeta-juglar la había agigantado sin quererlo, comparándola con célebres mujeres de la historia universal. Al parangonarla con aquellas que tantos estragos han causado en el mundo, como Medea, Scilia, Tulia (hija de Tarquino), y otras matronas audaces no sólo contribuye el poeta a universalizarla sino a señalar sus poderes ultraterrenos. Y así se pregunta:

¿Qué podremos decir de La Gaitana
 revestida de furias infernales?

El punto clave lo toca el cronista-juglar cuando denuncia, sin que éste sea su propósito, el hecho de que una minoría quiera suplantarse los derechos de la gran mayoría. Y es en este sentido como se establece en sus estrofas una de las causas de la resistencia indígena al destacar al cacique Pigüanza gran Señor de la comarca, portavoz de su pueblo, quien arenga a todas las tribus a petición de La Gaitana. Su protesta amotina los sentimientos de la muchedumbre cuando denuncia que los invasores quieren quitarle la libertad y los estados, agregando:

Consentírselo será de locos
siendo nosotros muchos y ellos pocos.

Razones sociales y hasta reflexiones metafísicas se aducen por boca del caudillo indio, para plantearse el tema de la igualdad del ser humano sin que quiera aceptar la superioridad de la raza blanca sobre la raza prieta u oscura. Y así reza la estrofa:

Antes teníamos otros conceptos,
juzgándonos por hombres inmortales,
.....
... de suerte que los blancos y los prietos
somos en el morir todos iguales.

La insistencia del caudillo indio en el sentido de la igualdad, le hace ver que frente al español, en lid de hombre a hombre, en nada puede aventajar al indígena.

No aventajan una paja
en fortaleza y animosos pechos.

Y si la ventaja de los españoles pudo radicar en la cantidad de pertrechos, en sus caballos y en sus armas tajantes, los indios se sienten superiores o iguales en intrepidez épica. Fogueados y terribles en el combate, el poeta los ve derribando a jinetes de piafantes corceles con su musculosa armadura.

Todas las tribus en alianza épica vense desfilar por las estrofas de Castellanos hasta concentrarse en Timaná, fortale-

za de una raza bravía formada por paces, yalcones, aspiramas y pijaos. Es allí en Timaná, donde Pigüanza agigantado, dirige su arenga a un ejército pujante. Frente a sus legiones, hace énfasis en la causa común que a él lo mueve. Como gran comandante instruye, igualmente, a sus huestes a que peleen con orden y observancia, sin rendirse aunque se sientan malheridos. Ha de procurarse, advierte, que si algún compañero es abatido, el escuadrón, no obstante, debe estar más firme. Reconoce que el caballo es lo único superior que tienen los españoles. Por lo tanto, recomienda que hay que atravesar de lanzas a las bestias, puesto “que pie con pie mejores somos aquellos”. Luego distribuye a su ejército en tres frentes: los armados de flechas venenosas, los armados de dardos y los armados de hondas. Y nuevamente insiste en que no se desordenen los escuadrones y que si cae alguien muerto o maltrecho, hay que seguir con la meta siempre adelante:

Esto dicho, la turba de gentiles
que la razón oyó con advertencia,
alzaron con belígeros astiles,
Allí se muestran Héctores y Aquiles
.....

Tal es el temor de los españoles ante la poderosa fuerza que logra reunir para su general La Gaitana, como secuela de su convincente campaña de agitación popular, que la advertencia se deja oír del bando contrario:

No hay que dormir noche ni siesta.
Porque la mala vieja que os molesta
Ha congregado bravas compañías

Y como el pueblo unido jamás será vencido, el cronista-juglar atiza el fuego del fervor popular en una de sus estrofas, para describir el arrojo y decisión de los indios en sus hazañas bélicas por la recuperación de sus tierras. Y así rompen filas en la estrofa:

Rompen los aires grita y alarido;
hierve la furia con ardor funesto

El escuadrón no puede ser rompido
para dar a caballo lugar presto,
pues al instante que uno ven caído
el vivo sucesor estaba puesto:
cuantos más mueren, tanto más se cierra,
y así los indios van ganando tierra
(Canto Octavo, pág. 485).

Finalmente la batalla se da con tal bizarría indígena, reconocida por el cronista-juglar, que ya en el poema se le oye cantar victoria en favor de las épicas milicias populares de la indiada:

Canta victoria ya bárbara trompa
.....
Circungiran caballos con la pompa
de armas, y manera no se halla
con tanta muchedumbre de pertrechos
como se les ponían a los pechos
(pág. 485).

La resurgencia de La Gaitana en la literatura contemporánea, ha contribuido a plantear el problema del indio actual, postrado y vilipendiado frente a su imagen legendaria en vía de mitificación, destacándose, de paso, el origen remoto de nuestra rebeldía en lucha armada contra la opresión del pueblo. Simbólicamente La Gaitana, como madre de la revolución colombiana, si se acepta su penacho indio, revive en la literatura actual, convencida de que la lucha no es sólo con el invasor foráneo sino también contra la tiranía de los déspotas.

En su lucha enconada contra el extranjero invasor de las petrolíferas tierras de Barrancabermeja en el Departamento de Santander, el escritor Luis Torres Almeida, nos presenta la efigie del Cacique Pipatón, iracundo guerrero, caudillo de los indios yariguies. De increíble belicosidad, estos indios, luchando cuerpo a cuerpo, hacían morder tierra a los invasores. Pipatón, dice el escritor citado, al dramatizar y actualizar su legendaria hazaña, es quizás el único entre los reyes in-

dígenas de su tiempo que logra doblegar la crueldad española para salvar a su pueblo del cautiverio y la esclavitud. Sobrevive su imagen entre los suyos como un dios mitológico de paz y de guerra.

Cuenta la leyenda que, al cortarle cruelmente los talones, logra escaparse del suplicio hacia los bosques, habiendo recorrido por la áspera tierra sus piltrafas más de sesenta leguas, para reintegrarse a sus huestes combatientes. Es cuando organizando un ejército suicida lo enfrenta nuevamente al extranjero, cruzándolo de flechas mortíferas hasta lograr expulsarlo de sus tierras invadidas.

Otro caudillo indio, Aquimen, El Zaque, vuelve a actualizarse con la reciente reimpresión de la obra de Próspero Pereira Gamba, publicada en su primera edición, en 1858. *Aquimen, El Zaque* es la primera obra de propósito épico sobre la conquista de la ciudad de Tunja. Hay en ésta y en otras obras indianistas la motivación romántica de nostalgia por el glorioso pasado, que las impulsa al enfoque sentimental con aires épicos. Al respecto sostiene Ignacio Torres Giraldo que “el enfoque de la cuestión indígena se ha hecho desde el marco del idealismo romántico o de un indigenismo burgués paternalista, característico de los intelectuales liberales”. No obstante en la obra de Pereira Gamba la imagen del indio se mira con orgullo y con la hiperbólica satisfacción de que nuestros abuelos zaques o chibchas no eran unos pobres diablos. Por el contrario; eran poderosos señores, dotados de increíbles riquezas, moradores de “bellos alcázares pajizos”. Y era precisamente en un “auripalacio” donde regía los destinos el rey indio Aquimen, El Zaque. La dignificación de la nobleza india como reflejo de su esplendor y bonanza de su dorado se pone de manifiesto en el escritor orgulloso de su penacho ancestral. Al respecto apunta Armando Solano: “nosotros no tenemos, si no acaso en divagaciones muy tenues, en fugaces e imperceptibles relámpagos, el recuerdo estimulante de la realeza aborígen, de las dinastías indias, de la época en que la raza poseía tierra y la señoreaba sin intromisiones extrañas”. Un siglo antes ya el cantor de la epopeya de *Aquimen, El Zaque*, había jerarquizado verso tras verso la digni-

dad y realza india. Logra así prender el entusiasmo del orgullo racial cuando nos hace ver pomposamente al soberano Zaque llevado en andas por sus cortesanos. Con pompa se traslada al cuartel general del invasor, para trabar un diálogo de igual a igual en demanda de sus derechos. Desafortunadamente el yugo español se impuso con su despotismo y tiranía, como lo anota el poeta, protestando por que al indio se le trate como bestia. En su actitud de defensa de los aborígenes, el poeta acusa a los españoles de sanguinarios, opresores y de contradictorios en cuanto pretenden propagar la religión a sangre y fuego. Semejantes muestras de crueldad hacen reflexionar al bardo sobre el hecho de que el pueblo culto también se salvajiza, al instaurar una nueva esclavitud en la naciente sociedad. Y así su estrofa resulta recriminatoria:

[...] el sordo rechinar de las cadenas
era el santo compás de las plegarias
y al Dios de libertad bueno y jocundo
se consagró la esclavitud del mundo!

La génesis de esa esclavitud comienza con la destrucción de la dinastía del Zaque y el suplicio a muerte de Aquimen, para verse sustituido por el conquistador Gonzalo Suárez Rendón, quien desde la caída del Zaque instaura una tiranía para los indios sometidos bajo su poder. La voz del soberano Aquimen, antes de ser sacrificado, puede oírse rescatada por el vate:

Yo era Señor y grande y poderoso,
sin otro superior que Sogamoso,
sin otro culto que la luz de sol.
Mi voz que cual espíritu del trueno
en la conciencia pública sonaba,
es hoy lámpara débil que se acaba
ahogada por la fuerza de otra voz

A través de los doce cantos de resonancia épica, la imagen del Zaque sobresale por su nobleza, dignidad y orgullo ancestral. Frente al soberano erguido en su historia legendaria, dos bronceos perfiles guerreros se imponen bélicamente en las

estrofas del poeta: uno es el rebelde Boyacá y el otro el profeta Modán. Ambos luchan por salvar la dignidad de los aborígenes sometidos, y arman la resistencia, como se patetiza en la siguiente octava real, digna de las evocaciones homéricas:

que el Mariscal mandó con Luis Lanchero
y en la vanguardia estaba, sucumbía
bajo la maza de Modán certero,
y sobre el flanco de Rendón llovía
de flechas y hondas fúnebre aguacero,
mortíferos y gruesos proyectiles,
númenes dignos del cantor de Aquiles

Ferozmente las fuerzas castellanas logran imponerse por su superioridad caballar sobre las huestes indígenas comandadas por el legendario Modán, símbolo de la resistencia. Pero sus huestes caen, este profeta indígena, deja en el aire como clarín, su voz vaticinadora, allí en Boyacá, donde tres siglos después se dará la gran batalla de la libertad de América, reivindicando de paso el nombre del indio aguerrido: ¡Boyacá! Desde las épicas estrofas el vaticinio libertario de Modán, heraldo del reino de Hunzahuá, se canta anunciando el advenimiento, en los campos de Boyacá, del futuro libertador:

mas de Hunzahuá los nietos, aquí mismo,
bajo del sol que mi martirio alumbre
sacudirán la imbécil servidumbre
en los brazos de un Gran Libertador

Habiendo sido Colombia el centro estratégico militar de este gran libertador, Simón Bolívar, cuyas hazañas heroicas culminaron con la Batalla de Boyacá, infunde sorpresa el hecho de que ningún poeta colombiano haya cantado la epopeya de las gestas bolivarianas. Cantos alusivos a Bolívar y a la libertad abundan, sin embargo, siendo el tema que aún vibra desde José Fernández Madrid (*Himno a Bolívar*) hasta *La Bolivariada* de Dora Castellanos y el canto épico a la libertad de Fernando Aparicio, incluyéndonos, si se nos permite, con los aún inéditos *Cantos de épica bolivariana*.

Siendo Colombia un país de líricos, en la poesía “ventijuliera” se ha recogido el sentimiento bolivariano nacional y, sin embargo, hay toda una épica dispersa y fragmentaria de cuantas plumas han contribuido a la gran epopeya en marcha. Merece destacarse *La Bolivariada* de la poetisa Dora Castellanos, quien entre lírica y épica resalta el pensamiento, la vida y las glorias del Libertador dentro de lo que ella define como “Epopeya con Musas”. Pero también es una epopeya con el pueblo, como héroe colectivo. Con aquellos que comieron pólvora por las heridas, como ella lo reconoce y lo canta al dirigirse al libertador:

Tus guerreros desnudos,
 tus huestes sostenidas,
 por la ilusión tan solo,
 tus mártires tenaces,
 tus cíclopes hambrientos,
 comieron la pólvora por las heridas,
 albergaron la pólvora en el pecho,
 detuvieron el plomo con sus huesos,
 respiraron aliento de cañones,
 bebieron humaredas delectéreas
 se embriagaron de muerte
 y se murieron tristes y tasajeados
 con la caricia de las bayonetas

(págs. 80-81).

Traicionado el ideario de Bolívar, la revisión de la historia descubre con los años, que la independencia de América, más que suponer una liberación del sistema medieval colonialista impuesto por las castas españolas, fue el desenlace de una rivalidad trabada entre españoles peninsulares y criollos americanos, es decir, entre padres e hijos de la raza castiza, para disputarse el poder y el dominio del emporio americano. Lo que fue en el fondo una guerra civil entre hermanos de la misma sangre, lo poetiza Julio Arboleda en el épico Gonzalo de Oyón. Un conflicto entre hermanos, Álvaro y Gonzalo, éste defensor de la corona española y aquél un rebelde que la combate, inspiran el relato épico del poeta

dentro de un escenario colombiano en tierras conquistadas por Sebastián de Belalcázar. Las luchas y enfrentamientos de los dos hermanos que guerrear por su causa, constituyen la clave del poema escrito con pretensiones de epopeya clásica. El poeta, simpatizante de la Madre Patria, idealiza al héroe vencedor, don Gonzalo de Oyón por su lealtad al rey. A su rival, Álvaro, por el contrario, se le califica de mal vasallo, de revolucionario, de ambicioso. No se descarta, por ser hijo de tan preclara estirpe, la ponderación racial de su titánica estatura de perfil desafiante:

Es su estatura la del trunco roble
que, entre altos olmos, en su pecho asiento,
burla robusto, silencioso, innoble
del huracán el ímpetu violento
boca del león, y a la impotente y noble
voz del rey, de las selvas es su acento:
de águila el ojo, la actitud serena,
hispida barba y recia la melena

“De la Espada a la Espada” y “La Disputa”, temas que corresponden a los cantos XII y XIII, dinamizan la tensión épica de los protagonistas principales sin que los caracteres indios dejen de contribuir, ora para reconocer el atractivo de la india Pubenza por la que rivalizan los conquistadores, ora para poetizar épicamente el robusto y desafiante perfil del indio. Así lo ve el poeta:

[...] cacique impávido y esbelto
de enorme talla y fuerza gigantea,
de torva faz y corazón resuelto,
quien la destrucción goza y recrea,
manda en los Huilas

La Epopeya del Cóndor, Premio Internacional otorgado por Rubén Darío en 1914, podría considerarse como el intento épico-lírico de más resonancia de la poesía colombiana contemporánea. Aurelio Martínez Mutis, su autor, se convierte con su epopeya en el poeta-clarín, en el poeta-cóndor. Como simbólico cóndor, el vate representa la raza de bronce, el pue-

blo tenso, listo para la epopéyica marcha. Como clarín, el poeta recoge el clamor colectivo y es, por lo tanto, la voz de la América mestiza que vibra sobre los Andes cuando lanza a los vientos huracanados su mensaje de alarma y advertencia frente al águila imperialista. La trascendencia de *La Epopeya del Cóndor* se señala como gran poema por el impacto épico, por su multitudinario eco de solidaridad continental, aunque en Colombia se le haya desterrado de las antologías claudicantes. Frente a la política del Gran Garrote, *La Epopeya del Cóndor* marcó el hito histórico de ser una vibrante protesta de Colombia ante el mundo por la pérdida de Panamá bajo la amenaza armada y poderosa presión del Coloso del Norte. Es así como después de Rafael Pombo (véase su poema *Los filibusteros*), el poeta Martínez Mutis vuelve a prender la chispa de la literatura anti-imperialista de impacto épico en su lucha contra la amenaza de un nuevo colonialismo en tierras de Bolívar. Martínez Mutis, se anticipa con su poema a Pablo Neruda al profetizar en sus estrofas la nueva épica novomundana inspirada en la epopeya viva del pueblo insurgente, y así lo dice:

Un poeta
pequeño como el átomo infelice
pero grande y vidente por que canta
de pie sobre la América, predice
la epopeya del pueblo,
que crece y se agiganta.

La epopeya del pueblo, que está en marcha, ha reivindicado en Colombia a su héroe máximo, el mestizo José Antonio Galán, el comunero. Frente a ciertos escritores criollos que han escrito páginas ensayísticas para destruir al héroe campesino, Galán es hoy una estatua que camina en la conciencia revolucionaria colombiana. Varios poetas han exaltado su imagen legendaria como Guillermo Córdoba Romero, Carlos Castro Saavedra, Fernando Soto Aparicio, Gerardo Valencia, Darío Samper, Helcías Martán Góngora, Hugo Salazar Valdés, Rafael Ortiz González, Antonio Lagos. Y si se nos

permite incluírnos, ya en la vanguardia de una nueva épica social, ha de mencionarse como aporte de solidaridad nuestros *Cantos de gesta comunera*, 1981, cuyo enjuiciamiento crítico inspira el ensayo de Rafael Díaz Borbón, *Épica y revolución comunera*. Así revivido Galán, vésele en recientes cantos épicos, tomando nuevamente su bandera,

para armar una y mil revoluciones
entre balazos, donde esté cautivo
mi pueblo comunero que, al fin, pudo
armar su ejército leal y rudo.

La poesía de la violencia política, anterior a la que posiblemente exalte la lucha armada de los movimientos de liberación nacional, repercute en la *Poesía Liberada y Deliberada de Colombia* (1976). Allí se antologan los romances referentes a los guerrilleros legendarios como Guadalupe Salcedo y Eliseo Velásquez, escritos por los poetas Gustavo Cote Uribe, Darío Samper y Emilio Rico. Véase el perfil épico de un guerrillero liberal llanero en *Romance de Guadalupe Salcedo* del poeta Cote Uribe:

Jinete de pecho en arco
y un lucero en punta de asta,
el casco de su caballo
los horizontes ensancha

La lucha cruenta de los dos partidos políticos colombianos, el liberal y el conservador, genera una poesía politizada sin que se excluya del canto al guerrillero conservador. Y así asoma su perfil como campeador racial en *El Galope de un romance* del poeta Rafael Ortiz González, haciendo avanzar la épica con este y otros romances en *Las Comarcas del Canto*:

Tu fuiste un campeador franco,
en tus comarcas campales,
y en la ciudad de las águilas
como un águila peleaste,
contra cinco compañías
¡y tú, solo, en el combate!

El poeta colectiviza la imagen del heroe-pueblo que lucha en Latinoamérica contra los poderes opresores, y ya habrá otros bardos que destaquen la imagen de Bolívar como un caudillo popular en cuyo brazo erguido se enarbolan todas las banderas de los movimientos liberadores traicionados o exterminados por oscuros poderes. Así con la épica bolivariana de los tiempos que corren hemos tratado de inaugurar con *Cantos de Épica Bolivariana* (1982) una nueva epopeya colectiva en marcha.

RAMIRO LAGOS

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- CASTELLANOS, DORA, *La Bolívaríada*, Edit. Imprenta de las Fuerzas Militares, Bogotá, 1984.
- CASTELLANOS, JUAN DE, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Bogotá, Ediciones de la Presidencia de la República, s. f.
- COTE URIBE, GUSTAVO, *Cantos del Vivac y la Marcha*, Bucaramanga, Edit. Vanguardia Liberal, 1970.
- LAGOS, RAMIRO, *Cantos de Gestas Comuneras*, Bogotá, Tercer Mundo, 1976.
- MARTÍNEZ MUTIS, AURELIO, "La epopeya del cóndor", en *Poesía liberada y deliberada de Colombia*, por Ramiro Lagos, Bogotá, Tercer Mundo, 1978, pág. 65.
- ORTIZ GONZÁLEZ, RAFAEL, *Las comarcas del canto*, Bucaramanga, Edit. Fondo Rotario de la Gobernación, 1985.
- PEREIRA GAMBA, PRÓSPERO, *Aquimen-Zaque*, Tunja, Edit. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1977.